

La rata

Hace ya varios... ¡Qué digo varios! Hace más de un año que estoy aquí, frente a mí misma y observándolo todo a mi alrededor. Algunos me ven acostada y enflaquecida, casi muerta, pero la verdad es que estoy más viva que nunca; todo lo veo, todo lo sé y me muevo mejor que cuando tenía quince. Sé que lo que ven de mí no es lo que quisieran ver y que doy un poco de lástima, pero todavía no me voy. ¡No señor!

No me voy, ni me quiero ir porque aquí la madre soy yo, y hasta que ésta no cambie, aquí me quedo. Una buena madre le da la oportunidad a sus hijos para que rectifiquen, y mira que le estoy dando tiempo, pero parece que después de grandecita no aprendió nada de lo que le enseñé.

Ya no me da coraje, no la regaño, ni mucho menos; solo observo y observo. A veces me río porque me gusta jugar para conocer los límites de mi hija, pero mientras más oportunidades le doy, más se hunde y bien hundía que está, pero a mis 97 años nada me sorprende.

“De cada maya, sale un ratón... o una rata”. Antes de caer en esa cama que ven ahí, ya me lo olía, mi hija era media ratona, pero ¡ay, mi madre!, no sabía que lo era tanto.

Pensaba que aquello de hacer compra en mi alacena después que yo iba al supermercado eran puras changuerías. Cuando las tollas del baño y los líquidos de limpieza desaparecían, sabía que era ella porque boba no me dicen. Ella tenía la copia de la llave de mi casa y se surtía cuando yo salía. Antes sabía del asunto, y aunque no me gustaba nada, callaba. Ahora también callo, pero con la diferencia de que entiendo más, veo más y sé más de lo que ella cree.

Los quiero a todos porque toditos son mis hijos. Tuve catorce y uno que nació muerto. Otra se me murió de cáncer y la sufrí mucho. En paz descansé mi santa hija, pero ya pronto la veré. Los crié lo mejor que pude. Era costurera y -válgame- qué mucho cosí. Después de que me divorcié de Mauro, luché como gato boca arriba. Nunca faltó comida en la mesa. Fui un poco dura con algunos de ellos; la verdad es hija de Dios, pero mi vida tampoco fue fácil. Me quedé huérfana a los seis años y me fui a vivir con una tía, que en paz descansé. Allí me dieron un techo, pero nunca me dieron un hogar. Tía Rita nunca me quiso mucho. Después me casé con Mauro, un capataz de hacienda, pero la bebida lo tenía medio trastornao, así que me tuve que divorciar y después fui a vivir a una casita en Posá. Allí seguí cosiendo y cosiendo para que a mis hijos



Cúmulo, Cecilio Colón.
Acrílico sobre lienzo. 1979

•
•
•
•
•
Narrativa
•
•
•

nunca le faltara el pan y así fue. Nunca faltó un buen plato de comida en la mesa.

¡Ay, la vida! ¡La vida! Pues, ¿qué se puede hacer? Así es como tiene que ser y después de tanto sigo aquí. Eso que tu vez ahí es la parte vieja y cansá; yo estoy muy bien, solo estoy esperando un poquito más a ver si ésta se gana el cielo.

Se cree que no la veo, pero ¿tu sabes porqué me tiene en esa esquina? ¿Quieres saber? Por un trapo de cheque de seguro social. Me llegan seiscientos pesos y desde hace tiempo se desvive por mi chequcito, que pa' mucho no le sirve porque el banco, Energía Eléctrica y la Autoridad de Acueductos la tienen en la lista roja; todo lo debe.

¡Ay, pobre de ella! Es que yo se lo dije, “mija no te cases, ponte a estudiar para que consigas un trabajo”. No me escuchó y se acostumbró a no sudar los chavos. Ahora los demás son malos y ella es buena. Cree que todo es de ella porque no tiene, pero vive equivocada. Eso que agarra no le pertenece, por eso me necesita ahí en esa cama, por un trapo de cheque.

Se cree que es muy lista y que no me entero, pero desde que estoy aquí sé todo lo que piensa y hace. Voy notando unos leves cambios en ella y aunque le estoy dando tiempo para ver si la cosa mejora, nai que nai. Al principio la miraba y como nunca ha sido muy agraciada, ni pulcra -la verdá-, pensaba que se estaba descuidando más de la cuenta o que mi falta de baño y cuidados me hacían apestar más, pero no. Hace unos meses me puse a buscar bien de donde salía la peste y no venía de mi esquina; salía de la puerta que está al final del pasillo, donde está su cama. Seguí ese olor tan desagradable y cuando entré la vi acostada en la cama, arropada hasta la cabeza, pero le salía la morusa de pelo marrón oscuro por arriba. Me sorprendí porque se le veía más pelo, pero enseguida se movió como para despertarse y por no meterle el susto de la gata, me fui.

Pasaron unos días y me fui acostumbrando al mal olor -a todo se acostumbra uno en esta vida-, pero eso no se quedó ahí. Empecé a ver otros cambios, cosas raras, tú sabes. Antes entraba al cuarto como si fuera un militar, toda erguida y seria; pero de repente su cara tenía otra expresión, algo neutra, ni seria, ni alegre. Lo más extraño es que me pareció verla caminando media jorobá. Me aguanté las ganas de decirle que se enderezara; pero yo callé, no digo ni esta boca es mía. Lo dejé ahí y seguí con mi día porque, ahora que puedo, de vez en cuando me gusta irme por ahí a ver las matas un rato.

Lo que pasa es que en muy pocos días la cosa se está poniendo más grave. Resulta que ayer, mientras yo miraba las manchas de humedad que hay en el techo, sentí que alguien entró. Busqué con

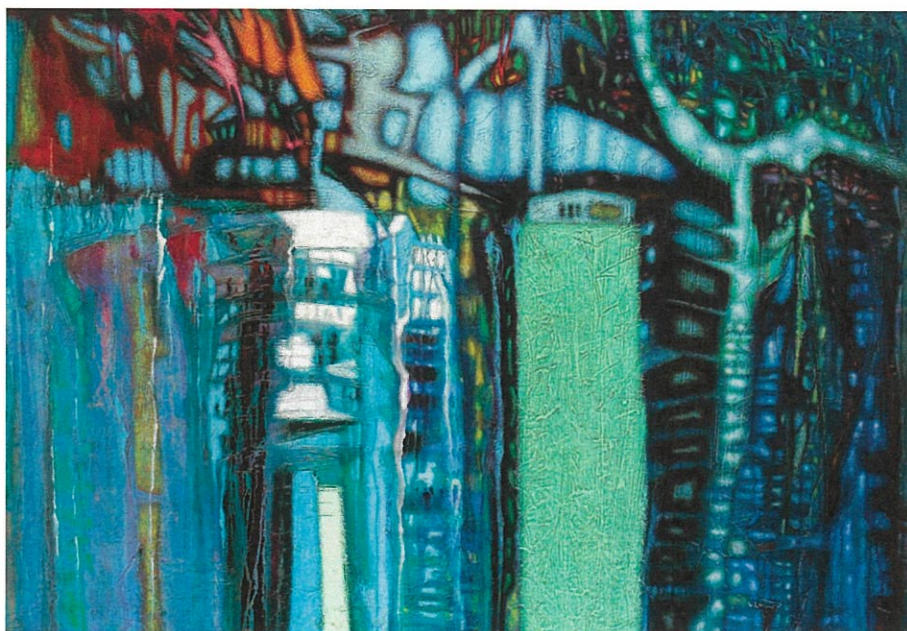
Nataly Vélez Arocho

.....
La rata

la vista y nada. ¿Me estaré trastornando? Pues no sé, pero escuché unos sonidos raros y cuando miré pal piso, andaba ella caminando en cuatro patitas.

¡Madre del amor hermoso! ¡Qué susto he pasado! Rompí mi regla de quedarme callada y saqué un clase de grito que yo creo que hasta los vecinos me escucharon. ¡Caramba! Me tuvo que haber escuchado ella, porque enseguida vi en sus ojos una expresión de confusión. Dio dos pasitos para atrás, como si estuviera asustada, pero me parece que perdió un poco la coordinación entre las patitas y cuando se sintió media enredá se detuvo, miró sus piernas y enseguida supo que también estaba utilizando sus manos para caminar. Con una inquietante expresión de espanto se paró y dijo en voz alta: “¡ay, me caí!”

Acá entre nos, yo creo que dijo eso para tranquilizarse a ella misma, porque no te miento cuando te digo que algo raro le está pasando. Son las 11:34 de la noche y no la he visto en todo el día, pero ¡shhhh! ¿Escuchas esos ruidos extraños que vienen del fondo del pasillo? ¿Sientes la peste? ¡Ay, mi madre! Yo ni quiero saber. Le estoy dando tiempo a ver qué pasa. Ni pa' allá voy a mirar.



Evolución de Hombre y Ceiba, Cecilio Colón. Acrílico sobre lienzo. 1984